



El escritor italiano Silvio Mignano reflexiona acerca de:

Latinidad y diversidad cultural

crear una mitología fundadora, para construir su origen independiente. Virgilio, el más grande poeta romano, escribe una de las obras maestras de la literatura universal, la Eneida, imaginando que el origen del pueblo romano coincide con Troya, y que los héroes derrotados por Ulises y Agamenón hayan huído y cruzado el Mediterráneo encontrándose una nueva patria en el medio de la península italiana, con la mediación de la diosa Venus, madre del héroe Eneas.

Arma virumque cano, Troiae, qui primo ab oris

Italiam, fato profugus, Laviniaque venit

Litora, multum ille et terris iactatus et alto

Vi superum saevas memorem lunonis ob Iram;

multa quoque et bello passus, dum conderet urbem,

inferreque deos Latium, genus unde Latinum,

Albanique patres, atque altae moenia Romae.

Cantó las armas y el varón que, huéyendo de las riberas de Troya por el rigor del hielo, pisó primera Italia y las costas Lavinias. Largo tiempo anduvo errante por tierra y por mar, arrastrado por los dioses, por el furor de la rencorosa Junón. Mucha padección en la guerra antes que edificara la gran Ciudad y llevara sus dioses al Lacio, de donde vienen el linaje latino, y los senadores albanos, y las murallas de la soberbia Roma.

Poco importa el fundamento histórico del mito, porque se trata de una de las obras poéticas más altas y conmovedoras de todos los tiempos; pero sí, otra vez, importa la conciencia de la natura híbrida de la cultura y del propio pueblo romano.

Latinidad quiere decir entonces latín, el idioma de Roma, nacido probablemente antes que la ciudad entre los pueblos prerromanos e integrado por muchos elementos etruscos. Pero este idioma unió en un cierto sentido el mundo occidental difundiéndose progresivamente de mano en mano con las armadas romanas, alcanzando las islas británicas, el río Elba, el Sahara, las fronteras con la Persia. Idioma oficial, por supuesto, no necesariamente lengua de cada día para todo el pueblo, pero sin embargo un primer intento de universalidad, o, como se diría hoy en día, de globalización.

No es este el lugar para discutir de la naturaleza del Imperio romano, devastador o pacificador, respetuoso de los pueblos integrados o subyugador de los países conquistados. Probablemente son correctas unas y otras interpretaciones, como siempre ocurre en la historia de la humanidad, hecha de contrastes, de errores y de paulatinos irrefrenables avances. Lo que aquí me interesa es considerar el papel del latín y de la cultura latina - o romana - como factor de unidad de distintas culturas y de diferentes gentes.

Es un tema difícil, que tiene muchos puntos en común con la hodierna polémica sobre los beneficios y los defectos de la globalización. Hay una inevitable tensión entre dos exigencias, para mí ambas correctas. De un lado, el reconocimiento de la diversidad cultural, de las características auténticas, únicas, irrepetibles, de cada pueblo y civilización. Del otro lado, la comunicación entre las diferentes culturas, que requiere la construcción de puentes también lexicológicos, de instrumentos de diálogo, y al final conlleva inevitablemente un cierto nivel de mezcla, de contaminación, de *salsa*.

La historia de la cultura latina quizás no puede darnos respuestas definitivas ni válidas para todas las épocas, pero vale la pena considerarla. Que se trate de una política tolerante del imperio o de la imposibilidad de controlar totalmente millones de kilómetros cuadrados, es un hecho que durante la vigencia del Estado romano convivían al mismo tiempo decenas de culturas e idiomas distintos, cada uno con sus características locales, sus mitos, sus tradiciones, su arte y literatura, y a un segundo nivel un factor unificador, el idioma latín, con su cultura oficial. Durante siglos todos estos pueblos han mantenido su identidad pero contemporáneamente han dialogado - con las limitaciones de una época donde no existía la democracia moderna y donde solo una capa limitada de la sociedad tenía acceso a la instrucción y a los medios de comunicación.

Y desde la unidad llegamos a la diversidad cultural. Que es lo que se generó en la Europa latina durante este periodo normalmente considerado oscuro, pero que realmente fue un laboratorio extraordinario de ideas, que llamamos Edad Media. Pensemos por ejemplo en la más grande contribución que - sin duda ninguna - Roma haya dado al mundo, es decir el derecho romano, base hasta hoy en día de todos los sistemas jurídicos latinos e indirectamente también de muchos principios entrados en el otro sistema, la Common Law. Bien, el derecho romano tuvo una extraordinaria evolución justamente en el momento del encuentro - o de las invasiones - de las poblaciones asiáticas y germanicas, que determinaron la desaparición del imperio romano y el progresivo nacimiento de los estados modernos. Se puede decir con certidumbre que la temporad más fértil de los estudios jurídicos no fue la época romana clásica - con sus celebres Cicerón, Galo y Ulpiano - sino la época de los llamados derechos romano-barbaricos, que fueron el resultado de una compleja mezcla entre el derecho romano

clásico - codificado por el Imperador Justiniano, del cual Dante, alabándolo, dijo que «trasse il troppo e 'l vano», quitó el demasiado y el innú - las tradiciones locales, las costumbres importadas por los llamados bárbaros y la nuevas exigencias de una sociedad en lenta transformación. Magnífico mestizaje cultural que preparó la modernidad, gracias a la obra también de otros juristas geniales como Bartolo da Sassoferato o Inriero, fundador en Bolonia de la primera universidad de la historia, en el siglo IX.

Al mismo tiempo, nacieron los idiomas neolatinos, de los cuales hoy tenemos aquí reunidos los más importantes, el español, que contiene al inglés y al chino el papel de idioma universal moderno, el francés y el portugués. Igualmente idiomas transnacionales, y el italiano, sin duda el menos hablado entre los cuatro grandes. Pero habla y aún en parte hay cientos o miles de idiomas nacidos de la fragmentación del latín, del吸收imiento de lemas bárbaros pero también del asombroso rescate de palabras locales, escondidas quizá durante siglos de Imperio romano e improvisamente vueltas a vivir, como si hubiesen estado en un fecundo lariego, a lo mejor en la memoria de unos pocos ancianos campesinos o en los códigos de cultos y solitarios monjes.

Voy por supuesto a concentrarme sobre la experiencia italiana, que conozco mejor que las demás. Nuestra tierra ha tenido un desarrollo único entre los países latinos y probablemente europeos en general. Luego de la desintegración del Imperio romano ya no ha sido capaz de recuperar su unidad y en cambio ha recuperado la división entre decenas de culturas que existió en la Italia prerromana y hasta ha exasperado esta fragmentación. Durante siglos en Italia se han sucedido cientos de micro-estados independientes, a veces formalmente soberanos, otras veces teóricamente dependientes de unas u otras potencias pero de hecho autónomos. Ha sido el único país europeo donde era suficiente cruzar literalmente diez kilómetros para encontrar otra capital, otro idioma, otro sistema jurídico. Ello ha por supuesto conllevado consecuencias negativas, postergando el proceso de independencia y en un cierto sentido el desarrollo político y económico de Italia mucho más que por ejemplo en España, Portugal y Francia. Sin embargo, ha tenido también efectos muy positivos: el hecho que cada ciudad o hasta pueblo se consideraba una capital quiso decir que tenía una catedral, un palacio de gobierno, una corte, y entonces artistas, escritores, estilos pictóricos, arquitectónicos, musicales, lo que fue el fundamento de la explosión única del Humanismo y del Renacimiento italiano; lo que permitió a Italia inventar la universalidad y tener un desarrollo cultural inigualable, aunque no correspondiente al desarrollo de otros sectores.

El propio italiano fue casi un invento artificial, debido a liguras titánicas como Dante Alighieri, porque la verdad es que existieron cientos de posibles idiomas post-latino entre los cuales elegir. La diferencia entre el siciliano - mejor dicho, el palermítano, el calanés, el mesinés u otros idiomas de la isla Sicilia - y el turínés es mayor que la diferencia entre el turínés y el francés. Probablemente, hablando estrictamente uno y otro idioma, no habría ni una palabra en común.

Algo parecido ha ocurrido con la cocina italiana. La tan apreciada gastronomía de mi País ha nacido desde abajo, en las familias, en el pueblo, en las capas sociales más pobres, y se ha diferenciado enormemente entre una y otra región, una y otra ciudad o aldea. Simplificando mucho, la cadena montuosa del Appennino toscano-emiliano ha dividido al mismo tiempo las vastas familias de los idiomas itálicos meridionales y septentrionales y la cocina del sur, la llamada "cocina del aceite de oliva", y la cocina del norte, la "cocina de la mantequilla".

Entonces, la diversidad cultural es un tema de extraordinaria importancia en Italia y ha sido, en mi opinión, un factor de enorme enriquecimiento.

Sin embargo, se necesitaba una unidad, cultural antes que política. La una y la otra fueron la obsesión del padre de la literatura italiana y uno de los mas grandes poetas de la humanidad, Dante Alighieri. La búsqueda de una reunificación a través de un renovado Imperio y la creación de un idioma literario, basado sobre el toscano, fueron entre sus principios inspirativos. Dante escribió entonces el *De vulgari eloquentia, La elocuencia del vulgar* y quiso escribirlo paralelamente en latín, el idioma culto, para demostrar que la lengua hablada por el pueblo, el vulgar, ya era el idioma vivo, digno, merecedor de ser utilizado por los hombres cultivados y para expresar los temas más altos, incluida por supuesto la poesía.

«Vulgarem locutionem appellamus eam qua infantes assuefiunt ab assistentibus cum primis distinguere voces incipiunt; vel, quod brevius dici posset, vulgarem locutionem asserimus quam sine omni regula nutrimenti imitantur accipimus». llamamos vulgar el idioma que absorbimos desde infantes con la leche de la nodriza, a través de la primera voz que conocimos.

Claro que el clasicismo latino ha sido en algunas oportunidades

idealizado y por lo tanto despojado de la complejidad de sus rasgos: ha ocurrido en el propio humanismo italiano, cuando el redescubrimiento de la cultura griego-romana ha significado la voluntad de poner el hombre en el centro del universo - pensamos en el *homo vi/vru/vanu* en el pensamiento de Pico della Mirandola y Marsilio Ficino - saliendo de la confusión medieval, fértil y sin embargo confusa. Ha ocurrido siglos más tarde en el neoclasicismo, que además ha sobrepasado las fronteras del mundo neolatino encontrando sus epígonos en la cultura alemana, como en el caso de Johann Winckelmann, y que en Italia ha tenido intérpretes del tamaño de Antonio Canova.

Sin embargo en estos casos la inevitable simplificación y casi trámite de la complejidad de la cultura romana y latina ha tenido una finalidad básicamente positiva, ya sea desde el punto de vista ético, como intento de recuperar la centralidad del ser humano, ya sea desde el punto de vista estético, en la búsqueda de una perfección formal que se identificaba en el período clásico.

Lamentablemente distinto es el caso de la otra idealización de la latinidad, que se produjo durante el fascismo y tuvo un enfoque retórico instrumental, con el objetivo de celebrar la presumida superioridad de la civilización italiana en calidad de heredera del imperio romano. En este caso la incapacidad de comprender las complejidades de la verdadera cultura latina se debió a un fanatismo antidemocrático. No se quiso ver ese origen afortunadamente impuro, híbrido, mestizo, de la cultura romana porque se consideraba cierto e inalterable el equivocado purismo de una falsa idea de Roma.

Y así volvemos al tema inicial: latinidad y diversidad cultural como ejemplo y símbolo de una dialéctica entre homogeneidad y diversidad más allá del propio entorno latino y neolatino. Es un dilema que probablemente no tiene una respuesta única: yo por lo menos no tengo una solución, sólo considero necesario ponernos todas las preguntas y las dudas y buscar caminos que sean respetuosos de dos instancias igualmente importantes, sin ninguna forma de radicalismo, porque éste sí sería lamentablemente dañino.

Sería un error, a mi manera de ver, llevar a la extrema consecuencia la homogeneidad entre los pueblos, destruyendo toda clase de diferencia. Cada vez que un idioma muere, se dice, muere un pedazo del género humano, y es una verdad. Perdemos un patrimonio quizás irreparable. Pero sería un error igualmente exacerbar las diferencias y apostar por un mundo donde todas las diferentes culturas se preservan puras, aisladas casi como en un laboratorio artificial. Podemos hacer lo que queremos, pero por suerte no podemos impedir a las mujeres y a los hombres buscarse, comunicar, enamorarse, mezclarse, dar vida a mestizos en el valor más elevado del término.

Yo mismo no sé quién soy: soy italiano más o menos del sur, con sangre quizás bizantina, árabe, griega, española, o quién sabe: ¿soy hijo de los invasores o de los invadidos, de los conquistadores o de los conquistados? No lo sé, y ya no me interesa. Los pueblos que han contribuido a lo que hoy en día soy me han enriquecido, cualquier fuese la razón, pacífica o violenta, de su llegada a Italia.

Perteneczo entonces a los que opinan que la globalización como tal no sea un mal, y menos que nunca el mal absoluto. Lo importante - y al mismo tiempo, estoy consciente, lo más difícil - es encontrar la manera correcta de manejar la globalización o universalidad o como querremos definirla, para que contribuya a los intercambios económicos, sociales, políticos, culturales, sentimentales entre todos los habitantes del planeta, y para que al mismo tiempo sea respetuosa de las diversidades y particularidades.

El mestizaje produce belleza, de esto estoy seguro. El mundo de mañana será más complejo y difícil a entender y manejar, pero con más voces, más colores, más luz y belleza.

Silvio Mignano (Fondi, 1965) ha publicado las novelas: *Una lezione sull'amore* y *Le porte dell'interno*

